

SP-357

FERNANDO
BUJANDA



VIDA DE LOS SANTOS

SEGUN PRUDENCIO

FERNANDO BUJANDA



VIDA DE LOS SANTOS

(SEGUN PRUDENCIO)

INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

BIBLIOTECA

R.1943

FERNANDO BULANDA

Calahorra, 10 de agosto de 1.967



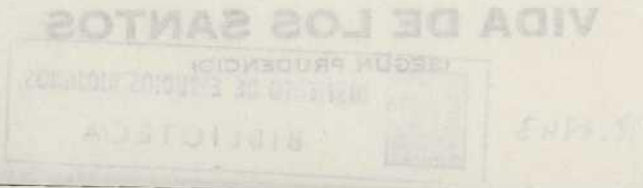
Nihil Obstat Censor.

Isaías Barrragán

IMPRIMATUR

† *ABILIUS, Episcopus*

Calagurritanus, Calceatensis et Lucroniensis





AURELIO PRUDENCIO CLEMENTE

LIBRO DE LAS CORONAS. VIDA O HIMNO EN HONOR DE LOS SANTOS MARTIRES DE CALAHORRA, EMETERIO Y CELEDONIO

Sus nombres

Son Emeterio y Celedonio, nombres de Mártires, escritos por Cristo en el cielo con brillantes letras y caracteres en oro, entregados por Cristo a nuestra tierra de Calahorra, grabados con letras rojas de sangre.

Patria y familia

Las ignora Prudencio. Deja a Calahorra y a León que busquen y aporten documentos de haber nacido en esas ciudades. Nada dice de su familia, y deja a una tardía leyenda que los haga hijos de S. Marcelo y Santa Nona y hermanos de los Santos Claudio, Lupercio, Victorio, Fausto, Januario, Marcial, Facundo y Primitivo, Servando, Germano, Acisclo y Victoria. Calahorra defenderá que son naturales de esta ciudad.

Juventud

No dice el historiador si nacieron en un hogar cristiano o si más tarde se convirtieron del pa-

ganismo e idolatría a la verdadera religión predicada por Jesucristo. No menciona el grado de instrucción que pudieron recibir, de niños en la escuela, de jóvenes en otras instituciones a ello consagradas.

Fueron soldados

Llegada la edad conveniente, se alistan en las milicias del César y llevan en ella vida de duro trabajo y fatigas. Usaron el atuendo militar de aquel tiempo y, debajo de las banderas de los Emperadores, visten las clámides, adornadas de dragones, que se hinchaban en el fragor de los combates. Saben de llevar en sus manos armas, dardos y lanzas; saben batir con máquinas los muros de las ciudades; saben fortificar los campamentos ciñéndolos de anchos fosos; saben sus manos de crueldades en sangrientas devastaciones.

Valientes y veteranos

Se sabe que hicieron compromiso con la milicia, a la orden del César, y que pagaron religiosamente toda su deuda, la que debían al servicio del Emperador. Se sabe que asistieron a varios y duros combates; que recibieron en ellos graves heridas; que por su valor y heroísmo, fueron premiados con insignias de collares de oro y que

acaso fueron también los abanderados de su centuria.

La persecución

Sucedió entonces que un emperador del mundo, feroz y cruel, ordenó que todos los cristianos se acercasen a los altares, para sacrificar a las feas estatuas de los falsos dioses, traicionar a Cristo y apostatar de la religión verdadera. El tirano urgía la orden, armada con la espada su diestra, contra aquellos fervorosos y valientes cristianos, firmes e íntegros en el amor de Cristo, que con santa osadía, provocaban al tirano y solicitaban los azotes, las segures, las uñas de dos ganchos.

Decididos

A estos Mártires no aterrorizaron jamás ni las cadenas ni la dura muerte que el edicto decretaba. Se abrazan luego los amantes pechos de ambos hermanos, a quienes una irrompible hermandad, carnal y espiritual, había mantenido siempre unidos. Este género de muerte, se decían mutuamente, es glorioso, digno de personas nobles y ejemplares. Entregar a la espada del verdugo unos miembros que las enfermedades han de extenuar, cubiertos de venas fofas. Hermosa acción! Con la muerte vencer al tirano; recibir

con la espada del perseguidor una ancha herida, puerta espaciosa que se abre a los justos para entrar en el cielo, cuando el alma sale del cuerpo purificada en fuentes de sangre.

No les asustan

Las amenazas de tener que presentar inclinada su cerviz ante la destrál pública, ni las lluvias de crepitantes azotes, ni las parrillas de fuego en que se asen sus cuerpos, ni el tener que ofrecer sus cuerpos enteros a los leones y leopardos.

Decisión

Dejan y renuncian a las banderas del César; eligen la insignia de la Cruz; en vez de las clámides y banderas, bordadas de dragones, inflados por el viento, llevan delante de ellos la señal sagrada de la cruz, la que deshizo la cabeza del dragón infernal y de todos los ídolos.

Acusación y cárcel

La acusación corre por la ciudad, como si el ser cristiano fuera un delito; la religión y la doctrina de la verdad van a ser perseguidas y condenadas; el verdugo de la plaza se convierte en perseguidor y ejecutor de la sentencia.

Son encarcelados los dulces hermanos, bien

sea en la Cárcel Ciega, o bien en las mazmorras del Castillo y torres fuertes que defienden las cuatro Puertas de Calahorra. La cárcel oprime con duras y pesadas cadenas los cuellos amarrados de ambos hermanos.

En la cárcel

Un olvido lamentable nos oculta si fue breve la duración de la cárcel o si los elegantes soldados romanos vieron cómo crecían sus cabellos y barbas en prolongadas cadenas, sin medio de acudir al cuidado y limpieza de sus rostros graciosos.

En sus sueños agitados, febriles, veían con anticipación, el triste suelo donde la virtud era herida con la espada y la cabeza cortada golpeaba la tierra; cómo vivos y enteros eran arrojados sobre tristes piras de fuego; cómo tenían que sorber con su aliento el humo, el calor, las llamas. Pero a la vez gustaban las dulzuras de ser quemados o atravesados con la espada.

Ante el Tribunal

Llega la fecha y por medio de la ciudad son conducidos ante el Tribunal, bien estuviera constituido en el palacio presidencial, bien en el lugar dispuesto ya para la ejecución y martirio.

Los dos jóvenes, serenos, alegres, se presentan ante las autoridades civiles y militares, y los oficiales dan lectura a las acusaciones y actas del proceso.

Hablan los Santos

A requerimiento de los jueces, toman la palabra los Santos y dicen: Acaso, nosotros, criados para Cristo, habremos de entregarnos al demonio, su enemigo, y llevando en nosotros la imagen de Dios, hemos de servir como esclavos al pecado? Pretendéis un imposible: nunca podrán amalgamarse la luz del sol y las tinieblas. Como buenos y leales soldados hemos servido al César y le hemos pagado las deudas con excelentes y prolongados servicios.

Ha llegado el tiempo de dar a Dios lo que es propiedad exclusiva de Dios. Alféreces: podéis retiraros de nosotros, como si fuéramos indeseables. Vosotros, tribunos y autoridades, podéis despojarnos de los collares de oro, que han sido premios de las grandes heridas en los combates.

Sabed que ahora nos están solicitando otras gloriosas condecoraciones llevadas por manos de ángeles. En medio de ellos vemos a Cristo dirigir blanquísimas cohortes y, reinando desde su elevado trono real, vemos cómo condena a vues-

tros infames dioses, y a vosotros mismos, que tenéis como tales a monstruos grotescos, fabricados por manos de hombres.

Se renueva el martirio

Ante tal confesión ruge de furor el tirano. Cuando los mártires terminaron de hablar, de nuevo se ven cubiertos de indecibles y variados tormentos, cuya descripción nos ha ocultado un descuido bien lamentable. El tirano manda que se aprieten mucho más las esposas que atenzan sus manos unidas y las argollas que, con sus pesados círculos, rodean sus cuellos ya heridos.

Olvido y silencio

¡Ay, olvido endurecido de una antigüedad silenciosa! Hasta ahí se persigue a los Mártires, hasta querer que se borre su fama y memoria. Avergonzado el blasfemo perseguidor, nos arrebató, mandando quemarlas, las actas y proceso del martirio, a fin de que no pudieran ser testigos fieles y seculares que esparcieran gozosos, con dulces lenguas después de consignados en himnos, en todas las venideras generaciones, todos los detalles del proceso y de los tormentos sufridos, el lugar, el tiempo y el modo, las solemnidades con que se ejecutó el acto definitivo del



martirio. Si hubo gran concurrencia de gentiles y de cristianos; si presidió desde su trono el feroz perseguidor; si fueron dos los verdugos que dieron el hachazo a la vez, o uno que dió la muerte al hermano segundo, cuando ya estaba ejecutado el primero. Si los Mártires estaban arrodillados, levantados sus ojos al cielo, con rostros angelicales.

Hecho maravilloso

Un recuerdo no pudo soterrar el tirano, y es un recuerdo que se conserva vivo y fresco en la memoria de todos, después de cien años. El anillo del uno, el pañuelo de enjugar el sudor el otro, viéronse volar por los aires, como dos prendas o regalos enviados al cielo; se volvieron resplandecientes y, con sus fulgores, mostraban que los Mártires tenían abiertas las grandes puertas del cielo. Como pruebas de su fidelidad inquebrantable, al anillo le envuelve una nube y el pañuelo reproduce el rostro del mártir, y son vistos hasta que, removidas ambas prendas por una brisa de cielo, penetran en los senos de la luz superior.

Admiración

El fulgor del oro se va ocultando en el cielo

sereno; la blancura de la tela es percibida largo rato por los hombres, que con avidez la contemplan; al fin se han elevado hasta la región de los astros y ya no vuelven a verse.

Vió el milagro la gran multitud de circunstancias, ávidos de presenciar el martirio; lo vió el mismo verdugo, que, dudoso algún tiempo, palió de pavor, conteniendo en alto su mano y la espada. Al fin descargó el golpe fatídico, Era la providencia divina, que no quería privar a sus Mártires de la palma y gloria del martirio; que quería conceder a Calahorra el don imponderable de sus Santos Cuerpos y de dos esclarecidísimos y poderosos Patronos para todas sus necesidades.

¿Siguieron predicando?

Nada nos dice Prudencio. Una tradición muy posterior ha recogido el detalle de que los Santos, decapitados y manando sangre sus cuellos, tomaron en sus manos sus propias cabezas y, puestos en pie, comenzaron a predicar, y predicaron largo rato con gran admiración general, hasta que el tirano, furioso ante el hecho, mandó a sus esbirros que arrebatasen a los mártires sus cabezas y las arrojasen al próximo río, cuyas arenas habían sido el lugar de la ejecución.

Feliz Calahorra

Desde ese momento, la fecunda tierra ibera es famosa en el mundo por esta doble corona gloriosa. Inhumados sus cuerpos, el mismo lugar que, hospitalario, recibió inmaculado los Santos Cuerpos, fue juzgado por Dios digno de guardar sus reliquias y huesos. Es lugar santificado con doble martirio, ésta es la tierra que absorbió el caudal doble, abundoso de sangre caliente de mártires.

Lugar venerando

Los cristianos inhumaron sus cuerpos y señalaron bien el lugar. Con el edicto de 313 vino la paz a la Iglesia, la religión pudo comenzar a exteriorizarse y se inició el culto público a Dios y a sus Santos. Las ceremonias sagradas salieron de las catacumbas y comenzaron a edificarse altares, capillas y templos. Eso mismo sucedió luego en Calahorra. Hubo sin duda un templo, de tiempos antiguos, del que nos dice Prudencio, el Cantor de los Mártires: «Los moradores de Calahorra lo visitan suplicantes en palabras, votos y dádivas. Por algo son arenas teñidas con sangre sagrada». Y no sólo es Calahorra. Acuden también aquí en peregrinaciones habitantes de otras re-

giones, pues la fama pregonera ha recorrido ya todas las tierras, diciendo muy alto que aquí hay dos valerosos protectores del mundo.

Su valimiento y poder

Nadie rogó convenientemente aquí en vano. Todo fiel suplicante salió de este lugar alegre, enjugadas sus lágrimas y recobrada la paz, sintiendo haber conseguido todas sus peticiones, si eran convenientes. Tanta preocupación tienen estos intercesores por nuestros peligros y necesidades; que no permiten que nadie les presente una súplica en vano: tan pronto como las oyen, las reciben y las llevan presurosos al trono de Dios. Y desde el cielo, abundosa fuente de gracias, envían a la tierra dones innumerables en forma de curación de enfermedades, de los devotos que han pedido el remedio. Nada negó jamás Cristo a nuestros Mártires, afirma categóricamente Prudencio.

Increpación a los tiranos

Estás convencida, dice Prudencio, concurándose con la gentilidad vascona, tan ruda antiguamente, de que la crueldad y el error han derramado una sangre preciosa y que, pensando en matar unas

víctimas, no has hecho otra cosa que el devolver a Dios sus almas santas?

Ven al sepulcro de nuestros Mártires y podrás públicamente contemplar cómo se doman aquí aquellos feroces demonios, que con avidez propia de lobos, devoran los miembros de los hombres que han logrado arrebatarse, después de atormentar las almas que informan sus cuerpos.

Curación de un poseso

Es un hombre furioso, presa del enemigo; por su boca echa espumosas salivas; retuerce sus encendidos ojos; y no siempre esto es castigo de propios pecados. Se oyen espantosos gemidos, sin que haya verdugo; se desgarran con azotes el cuerpo, y los látigos son invisibles; se llena el cuerpo de aire y queda suspendido en el espacio, no viéndose maromas ni cuerdas. Pero el poder de los Mártires viene sobre el inmundo ladrón, lo oprime, le hace retorcerse, lo abrasa, lo carga de cadenas; maltratado, él mismo suelta su presa. Abandona su rapiña, huye secas sus fauces, deja íntegro el cuerpo desde la uña del pie hasta la coronilla de la cabeza. Al salir del cuerpo, forzado ha de confesar que su morada es el infierno, donde su alimento es el fuego.

Enfermos curados

Para qué hablar, si son innumerables, de los cuerpos, demacrados y cadavéricos, curados de largas enfermedades? Los miembros están ya descoloridos, efecto de una fiebre larga y rebelde; otros cuerpos están hinchados por la enfermedad. Las cariñosas madres acuden a los Santos a pedir la salud de sus hijos, alegría del hogar familiar; las esposas vienen rogando la salud en favor del dulce marido, providencia y sostén de la esposa e hijos. Los Santos, desde el cielo, hacen descender abundantes los milagros sobre cuantos, por su mediación, piden remedio para las enfermedades del cuerpo. Ni ellos se niegan, ni jamás Cristo negó un favor a sus Mártires.

Gran regalo de Dios

El Salvador mismo dió a Calahorra este gran don para que gocemos de él. Fue una predilección de Dios en favor de Calahorra el haberle entregado los Cuerpos y Reliquias de nuestros Mártires, para que en todo tiempo fuesen los Patronos y Protectores de cuantos habitantes hay en la ciudad y en las fértiles tierras que riegan las aguas del Ebro.

Cantos y fiestas

La fiesta de nuestros Santos se celebraba ya en Calahorra a principios del siglo V, al menos cuando escribió su hermoso Himno de los Mártires el inspirado y devoto poeta Prudencio. Tan antigua es la fiesta del tres de marzo, aniversario del martirio, solemnidad principal de los Santos. Para solemnizar esa fiesta, Prudencio, en un éxtasis de devota inspiración, arrancó a su lira un canto tan sublime como ejemplar. Deteneos, exclama: Canten alegres las madres, al ver sanos a sus hijos, a quienes vieron ya moribundos. Canten alegres las esposas, contemplando la robustez de sus maridos, que vieron ser presa de una muerte inminente. Cantemos agradecidos todos cuantos hemos recibido el favor de nuestros Santos. Sea este día festivo, en cristiano, para todos nosotros. Que nuestro gozo sea sobrenatural y completo.

e



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

Calahorra: IMP. GUTENBERG - Coliceo, 4 - Año 1,967

BIBLIOTECA



